

# VALOR DE LAS ARTES PLÁSTICAS EN LOS ESTUDIOS HISTÓRICO-SOCIALES

DISCURSO LEÍDO PARA SU INGRESO

EN LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN CARLOS, DE VALENCIA

FOR EL

EXCMO. E ILMO. SR. DR. D. RAFAEL PASTOR GONZÁLEZ

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

SESIÓN DEL DÍA 6 DE MARZO DE 1935

Muy ILUSTRE SEÑOR:

SEÑORES ACADÉMICOS:

No sólo el sacerdote tiene acceso al Templo ni puede arrogarse la exclusiva representación de la Iglesia. Junto al que estudió, interpreta y difunde los misterios de una religión y practica las ceremonias del culto, figuran los que en las mismas ideas comulgan, sienten su corazón inflamado por amor a un mismo Dios y creen firmemente los mismos dogmas.

A título de fervoroso adepto, de creyente convencido, llego a este recinto solicitando humilde puesto entre vosotros.

Si para reclamarlo como derecho se exigieran aquellas condiciones y méritos que podéis ostentar, ni mi osadía fuera tanta, ni mi ignorancia tan supina, que permitiera unir a mi nombre el título de Académico de la de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, Instituto preclaro, de brillante historia, de abolengo nobilísimo, que vió girar por su cielo los astros de primera magnitud del firmamento patrio.

Yo menos que nadie podía aspirar a merced tan señalada y envidiable, cuando hubo un tiempo en que, juez de mí mismo, me expulsé por inepto del grupo de artistas en cuya legión formaba. No fué aquel, acto de deserción cobarde, y sí reconocimiento paladino de incapacidad; mas, no obstante, continué rindiendo culto al Arte en todas sus manifestaciones, y nada como él despierta en mi alma el arrobamiento, la admiración extática.

Pasaron años; el estudio de las Ciencias Naturales desvió mi paso hacia otros objetivos; pero durante ese largo éxodo, mil veces volví con el pensamiento a las purísimas regiones abandonadas; busqué en las obras de los grandes maestros consuelo a las amarguras de la existencia, y en el ambiente artístico de los Museos se oreó mi frente, abatida por la contemplación de las lacerias de la humanidad.

Desde aquel momento de la vida, a donde el curso del tiempo me condujo, pude abarcar el panorama que a mi reflexión se ofrecía, convirtiéndose en realidad lo que hasta entonces sólo había sospechado, esto es: que las artes plásticas no se limitan a



engendrar emociones; que su fin capital no es producir el agrado o la admiración; que ellas son órganos de función social importantísima; instrumento en ocasiones insustituible y siempre poderoso en las construcciones histórico-sociales.

El simplísimo e infantil dibujo adorno de domésticos utensilios, las siluetas rudes, los sencillos y groseros monumentos ofrecidos a la muerte o a la divinidad, agigantáronse a mis ojos transformándose en páginas de veracidad nunca igualada, en las que el hombre puede leer su historia. A la admiración antaño sentida, uniósese el respeto, y como admirador respetuoso llegué a esta casa, donde vuestra bondad me dió fraternal acogida.

Grande es la honra que recibo, sólo igualada por lo profundo de la gratitud que os debo; pero faltaría a la verdad, ocultando la densa nube que entenebrece el horizonte de mi satisfacción.

El acto que celebramos hace revivir en mi cerebro la imagen de un amigo entrañable, de aquel que con mejor derecho y más valioso fruto para la Academia ocupó el sitio que vuestra munificencia me otorga.

Prócer de la Ciencia, Mecenas de los artistas, hombre que erigió en su corazón un altar a lo BUENO y a lo BELLO, el Dr. Candela nos fué arrebatado cuando Ciencia y Arte podían esperar de él nuevas conquistas. La huella que dejó su paso por el mundo es indeleble, y si nuestros ojos perdieron la visión de su cuerpo, perdurará la memoria de su labor para estímulo, ejemplo y orgullo de sus conciudadanos.

Permitid este homenaje que desde el fondo del alma ofrezco al ilustre muerto. Por vuestra condescendencia y afecto vengo al sillón que dejó vacío, pero en modo alguno a substituirle.

Al dolor por la pérdida del amigo cariñoso, del ilustre compañero, del maestro sabio, únese, gravitando sobre mi ánimo con agobiante pesadumbre, la obligación de cumplir con el ritual que vuestro estatuto impone: hablar de Artes Bellas a una Asamblea de maestros eximios. Gracias que vuestra sabiduría misma, que el convencimiento pleno de vuestra superioridad, pondrán freno y mordaza a los ataques y justificados clamores de la crítica.

Conozco el modo de sortear dificultades y cumplir airoosamente en apariencia el reglamentario deber: bastaría trasladar a estas páginas el préstamo hecho a breve plazo a los libros que de Arte se ocupan, ofreciéndolo como bienes propios. Pero la añagaza es pueril y, sobre todo, indigna de vosotros, de mí y del respeto profundo a que esta Corporación tiene derecho.

Estimo más gallarda y noble la confesión de mi pequeñez, de la cual es buena prueba el engendro raquíptico que os ofrezco, y cuya paternidad proclamo. Es débil, monstruoso si queréis, pero mío.

Ahora bien: por ignaro que yo sea en artísticos menesteres, aun reconociendo y declarando la pobreza de mi cultura, hay algo que a las Artes se refiere y que me está vedado ignorar. Un cargo docente me obliga a conocer las relaciones del Arte con otras disciplinas del saber humano y a estimar el valor de las plásticas en los estudios histórico-sociales.

He aquí el tema del presente trabajo, que, ya que no otro, tendrá *el mérito de su relativa* brevedad.



Dice Volney en el más celebrado de sus libros:

«El amor de sí mismo, el deseo del bienestar, la aversión al dolor, fueron las leyes esenciales y primordiales impuestas al hombre por la Naturaleza misma; leyes que han venido a ser el principio sencillo y fecundador de todo lo ocurrido en el mundo moral».

Efectivamente: todas las acciones humanas reconocen como causa y razón de su existencia, el deseo de vivir, la atracción por lo halagüeño y la repulsión por lo que hiere o molesta, ya se trate del mundo material y perecedero, ya del espiritual y eterno.

El instinto de la propia conservación, el cumplimiento de necesidades perentorias, obligaron al hombre primitivo a buscar sustento para el cuerpo, a defenderse de sus enemigos y a luchar contra las inclemencias del medio. Hubo de industriarse para la conquista del alimento, armarse contra el ataque de las fieras, cobijarse y cubrir la desnudez de sus carnes en demanda de protección contra los elementos físicos, viniendo en titánica lucha merced a un atributo que le es casi privativo: la sensibilidad, origen y fomen de la inteligencia. Por ella piensa y quiere; ella preside y dirige todos los actos de la vida, desde los elementales instintos hasta las complicadas creaciones de la inteligencia.

La necesidad, actuando constante e imperiosamente sobre el sér sensible, convirtió en inventor, y la Industria aparece como primer acto de la actividad humana consciente.

Con tales conquistas pudo creerse el hombre Rey de lo creado, siquier su soberanía fuera limitada y circunstancial.

Una vez satisfechas las exigencias del cuerpo, despertó en su espíritu la sed insaciable, el deseo vehemente de ese PLUS ULTRA que arrastra a la humanidad en vertiginosa carrera. Los objetos por él construídos, cumplían el fin utilitario que se propuso; pero algo en ellos faltaba, para colmo de una sentida e indefinible aspiración. Al elemento que satisface los apetitos del cuerpo, había que añadir lo que respondiera a requerimientos del alma; que despertara emociones; que agradara al espíritu y alegrara los sentidos. Para conseguirlo, unió a lo útil lo bello. La obra individual, egoísta, utilitaria, se transformó en función colectiva, altruista, social.

Tal debió de ser el origen de las Bellas Artes, y quién sabe si a una tendencia nobilísima dejaron de unirse pasiones bajas e inconfesables: orgullo de inventor o intención dañada de producir envidia.

Para emocionar vivamente, despertando admiración o terror, el salvaje pintarrajeó su cuerpo, adornó sus armas, embelleció sus viviendas y materializó sus dioses. El color y la línea le bastaron, sirviéndole de fieles instrumentos de sus propósitos e intérpretes de sus ideas.

Es por demás curioso el hecho de que las artes gráficas, en su evolución a través de razas, pueblos y generaciones, tengan exacto remedo en su desarrollo, estudiado en el hombre moderno. Manifiéstase en uno y en otros por irresistible tendencia a la simetría; la segunda fase evolutiva la caracteriza la ornamentación de los objetos por masas coloreadas o combinación de líneas; marcan un efectivo adelanto los trazos que reproducen la silueta de los animales, y se llega a la cumbre de la habilidad artística copiando la humana imagen y la de los seres del mundo vegetal. De tal forma y modo, pueblos primitivos, hombre salvaje y niño civilizado de nuestras grandes urbes, expresan sus aptitudes y sentimientos artísticos.



Empresa ardua sería explicar la verdadera razón del hecho, y ninguna de las hipótesis emitidas llevó el pleno convencimiento a nuestro ánimo.

Deteniendo aquí nuestras reflexiones acerca del arte y sus productos, consideraríamos éstos como objeto de lujo, juego con el cual el hombre consiguió solazarse e introducir en su espíritu emociones más o menos vivas y duraderas, cumpliendo a la vez la suprema aspiración de unir la belleza a la utilidad. Mas si profundizando llegamos a la entraña de las cosas y abarcamos en el estudio de las artes plásticas, las centurias que del troglodita nos separan, veremos que ellas son manantial inagotable de conocimientos, linfa fecundadora de la inteligencia, faro y guía que conduce al hombre por los senderos de la Historia, la cual, sin su auxilio, sería tejido de fabulosas leyendas, velo densísimo, maraña inextricable, ocultadora y tirana de la verdad.

No podemos considerar el arte plástico, según dice Pilo, como «objeto y motivo de placer; hada misteriosa y benéfica; consuelo de las penas de nuestra existencia; engendradora de goces purísimos; templadora del carácter; freno de las pasiones». A todos esos atributos sublimes, añadamos el de evocadora fiel de pasadas civilizaciones, a cuyo conjuro resucitan los pueblos muertos, exhibiendo a nuestros ojos los secretos de su vida íntima. Como dice Gustavo le Bon: «El Arte posee la facultad mágica de traducir el espíritu de una época o de una raza».

Los objetos inanimados tienen también su espíritu y su lenguaje: al hombre corresponde desentrañar el uno y traducir el otro.

Convivimos con nuestros antecesores, nos connaturalizamos con sus costumbres, aprendemos su religión y sus leyes, no tanto por la lectura del documento literario como por los restos artísticos que la acción destructora del hombre y del tiempo perdonó o dejó olvidados. La verdad no suele ocultarse tras el polvo que cubre antiguos pergaminos: hay que buscarla muchas veces en las entrañas de la tierra.

La obra del artista es el testimonio más exacto que puede invocarse para hacer revivir una civilización. Su autor pensó por imágenes; no impuso tributo al raciocinio, limitándose a ser espejo de la sociedad en que vivía.

Aquellos hombres, que en arcaicas edades dispusieron como única expresión del pensamiento de la labor de sus manos, que fiaban al color y a la línea, al ladrillo o a la piedra, la misión de expresar sus ideas, eran lo bastante inconscientes para no ser verídicos.

Creencias e instituciones de interpretación obscura y comprensión difícil, plasmaron en algo real y objetivo, única forma para llegar a todas las inteligencias; porque el libro de piedra, según el mismo le Bon, es más claro y exacto que el documento escrito, «el cual instruye rara vez y engaña a menudo».

Los artificiosos relatos de la Historia, apenas si convidan con una parte de la verdad, y al referirse a remotos tiempos, nadie es capaz de separar lo real de lo fantástico, lo efectivo de lo fabuloso.

¡Qué tiene de extraño que así ocurra, si los mismos hechos de la Historia contemporánea, a los que asistimos como actores o espectadores, se desnaturalizan por el relato!

Impulsos de la pasión, coacciones del poder, creencias político-religiosas, intereses colectivos o individuales, actuaron entonces e influyen ahora sobre el historiador, obligándole en ocasiones a omitir o desfigurar los hechos. En los modernos tiempos, tal vez evoquen con mayor exactitud la imagen de una sociedad, los dibujos de Gavarni, que las inmortales creaciones de Víctor Hugo.



Los ingentes y piramidales sepulcros, la muda y colosal Esfinge, los asombrosos restos de palacios y templos, en una palabra, las reliquias sembradas con prodigalidad a orillas de históricas corrientes asiáticas y africanas, más que objetos ofrecidos a la contemplación y asombro del turista, son libros en que el sabio lee la historia de la humanidad.

En el capitel de una columna, en las paredes del santuario, en la oscura cripta de los panteones, está contenido el relato de todo un mundo moral. Los pueblos representan por medio de sus obras artísticas, la parte más interesante de su vida: lo que importa es saberlas interrogar y traducir su simbólico lenguaje.

Conocemos el comercio espiritual y material entre hombres de apartadas regiones, su paso a través de mares, montañas y desiertos, por la mutua influencia de sus obras arquitectónicas, tanto o mejor que por los relatos de Estrabon.

Egipto exterioriza en sus templos, pirámides, mastabas e hipogeos, imágenes corpóreas, pinturas o incisiones, el desprecio de la vida, el respeto y amor a lo muerto, el destino final de las almas, sus grandes conocimientos en la mecánica y la existencia de la esclavitud. Los ribereños del Tigris, con el realismo de sus esculturas, no alcanzado siquiera por Miguel Angel; con sus bajorrelieves descriptivos de escenas venatorias y de enconadas peleas, descubren el instinto guerrero, violento y cruel de los asirios. Grecia entona marmóreo himno a la belleza. Roma, con aquellos monumentos que desparramó por suelo africano y europeo, descubre su fortaleza, su pasión por los públicos espectáculos, y revela su carácter utilitario y dominador. Los templos románicos de la Edad Media, que con su lobreguez invitan a la meditación y al recogimiento, remembranza de la sombría liturgia de las Catacumbas, hablan de la influencia monástica y del espíritu religioso del pueblo; misticismo que persiste en siglos posteriores, y que al cambiar de forma engendra las Catedrales góticas. Las fortalezas y castillos que levantó el feudalismo, son ejecutoria del orgullo tiránico y avasallador de la nobleza.

Templos egipcios, babilónicos y helénicos; arcos triunfales y circos de Roma; silenciosas calles de Pompeya; monumentales palacios florentinos; fantásticas construcciones venecianas, se yerguen sobre sus cimientos cual fantasmas del pasado que relatan la vida de un pueblo a las generaciones presentes. El estudio sistemático de esos documentos artísticos, nos permite acompañar a la civilización en su ininterrumpida marcha desde los tiempos más remotos.

Es casi un apotegma que la Naturaleza no obra por saltos; que la variedad que caracteriza a todos los objetos de su contenido, se operó lenta, continua e insensiblemente.

Leyes, costumbres, creencias, idioma, artes; lo que representa la vida moral del hombre y de las sociedades, adoptó ese sistema en sus metamorfosis. Ni el cebo de la recompensa o el temor al castigo, ni las ordenanzas de los códigos, ni la educación misma, pueden cambiar bruscamente los elementos de una civilización. Forman éstos una segunda naturaleza; representan la constitución mental de una época impuesta por la herencia de pasadas generaciones. El único conquistador, capaz de imponerlas, es el tiempo; y si en alguna ocasión la Historia cita hechos que parecen contradecir el postulado hablando de pueblos que bruscamente abandonaron instituciones seculares, comete el delito de engendrar y propagar errores.

También a las Artes plásticas compete la gloriosa misión de restablecer el imperio de la verdad. Un ejemplo bastará para dar valor a lo que afirmamos.



No hay que estudiar el arte griego en el siglo de Pericles, en que al lado de Sócrates y Eurípides florecen los grandes artistas. No queramos ver prístinas manifestaciones de las artes plásticas en las obras de Fidias, Scopas y Praxiteles, trasunto de una época siempre perseguida y jamás sobrepasada. Las portentosas creaciones arquitectónicas y esculturales, el Partenón, Propileos, pórtico de las Cariátides, mitológicas estatuas e inmortales frisos, son el término de un período secular que tiene su cuna en las orillas del Nilo, del Tigris o del Eufrates. En lo que hoy son abrasados desiertos africanos o despoblados valles de la Mesopotamia, buscaron su inspiración los artistas helénicos. El Nilo, fecundador de la tierra, lanzó también su germen prolífico sobre el cerebro del hombre, engendrando las grandes creaciones artísticas; pero todo un lapso de siete siglos hubo de transcurrir para llegar desde la muralla ciclópea, primera manifestación del arte helénico, hasta las maravillas de la Acrópolis ateniense.

Los groseros edificios del tesoro de Micenas y Orchomene, el arcaísmo del Apolo de Tenea y de las Metopas de Selinonte; los policromados alcázares; los fantásticos animales de metal precioso, colocados a guisa de mudo y horripilante centinela en las puertas de los santuarios, descubren la influencia egipcia, asiria y caldea sobre los imagineros del Atica. Raza, leyes, creencias, costumbres, cielo y suelo influyeron en las transformaciones del arte primitivo.

El Eftope, raza inferior, vencedor del Egipto en la época decadente de este gran pueblo, no consiguió asimilarse la civilización de las regiones conquistadas, y sus tentativas para lograrlo se convirtieron en copia grotesca del original. (Este es defecto inherente a la raza negra). La semilla civilizadora de los egipcios no germinó en el estéril cerebro de los pobladores del Sudán. En tanto, griegos y persas, representantes de la raza blanca, inspirándose también en el arte tebano, bien pronto superaron al pueblo que les sirviera de modelo.

La naturaleza de los materiales que para sus obras empleaban, otros atributos de orden espiritual, coadyuvaron poderosamente el progreso artístico.

Grecia sacudió el yugo del despotismo y de la superstición, tuvo el instinto de la libertad, amó todo lo nuevo y persiguió con avidez el progreso. A sus creaciones artísticas inculcó el alma de la raza. Extendió su influencia sobre los demás pueblos a través de las edades, y salvo la intromisión pasajera del Oriente, la reconocemos en las artes romana, románica, gótica y del Renacimiento. Lo diferencial entre esos estilos y el primitivo, son adiciones impuestas por el carácter y necesidades del hombre en las distintas fases de su historia. La evolución se realizó por sucesivas adaptaciones, y si nos parece que entre lo actual y lo remoto media un abismo, si no vemos el lazo que une «lo que fué con lo que es», tal error se desvanece ante un examen profundo, dejando de comparar únicamente los extremos de un camino que arranca en fecha prehistórica y termina en nuestros días.

Llenemos con la imaginación ese extenso vacío; hagamos con el pensamiento en marcha retrógrada un largo viaje por las sendas que la humanidad siguió, y veremos que a nuestra vista se desarrolla, como cinta de cinematógrafo, el progreso continuo de la Sociedad por la vía de la civilización. Sólo el estudio completo y sucesivo de las capas geológicas permitió conocer la corteza del globo y presumir la edad de la Tierra.

Dice el filósofo francés varias veces citado: «Es el alma de la raza la que dirige el destino de los pueblos e imprime su sello a todos los elementos de la civilización. Es la única potencia contra la cual ninguna otra prevalece. Ella representa el peso de miles de generaciones, la síntesis de sus pensamientos».



Conocer esa alma, es conocer la vida de la humanidad.

No se hace historia relatando hechos, consignando fechas, catalogando efemérides. Si algún provecho hemos de obtener con su estudio, si aspiramos a estar sólidamente documentados para ulteriores deducciones, preciso es descender y profundizar, llegando hasta el «cómo y por qué» de los acontecimientos: conocer las influencias que presidieron su desarrollo; «vivir» los tiempos que el historiador relata.

Como fuente de instrucción, como elemento de conciencia, en vano apelaríamos al testimonio escrito: ni siempre se le encuentra ni podemos fiar en su exactitud.

Una piedra labrada es en ocasiones más elocuente y veraz que los poemas de Homero o que los libros de Herodoto. El arqueólogo debe de figurar al frente de los historiadores.

Llamemos, pues, en nuestro auxilio, para el conocimiento de la historia, a las artes plásticas; sean los principales Códices, incunables y palimpsestos consultados, los restos que todavía guarda la tierra en sus profundidades o que enriquecen las vitrinas y paredes de nuestros Museos.

He aquí mi profesión de fe, ofrenda que aporto a los altares del Arte.—HE DICHO.

---